

Santiago apóstol



25 de julio de 2024

2Cor 4, 7-15

Sal 125

Mt 20, 20-28

P. Eduardo Suanzes, msps

La verdad es que el Evangelio de hoy que no deja muy bien parado a Santiago. Pero ese es el “primer” Santiago, el que apenas había empezado su camino con Jesús, junto a su hermano Juan: los hijos de Zebedeo.

Zebedeo era patrón de una industria local¹ en Cafarnaúm, puesto que posee varias redes y contrata obreros asalariados². Es decir, es un personaje adinerado e importante dentro de la industria local. Sus hijos, Santiago y Juan, de carácter apasionado, por el título que les dio Jesús más tarde³, trabajaban en el negocio del padre y son llamados por Jesús a seguirle cuando éste caminaba por el lago de Galilea, acompañado ya por Pedro y Andrés. Abandonando a su padre lo siguen como ya habían hecho sus compañeros de pesca. Ellos dos, junto con Pedro, se convirtieron en los que pertenecían al círculo íntimo del Maestro. Participaron los tres de momentos muy especiales con Jesús, como la Transfiguración y la agonía en el Huerto de Getsemaní.

La mujer de Zebedeo es posible que se llamara Salomé⁴, ya que en Mateo se la nombra explícitamente en la Cruz con otras mujeres, y en Marcos se indica que esas mujeres estaban con la madre de Santiago y Juan. Así pues, digamos que Salomé es su nombre, la que se acerca a Jesús en el relato de este evangelio de hoy. El episodio sucede camino a Jerusalén, es decir, que Zebedeo se habría quedado en Cafarnaúm atendiendo el negocio familiar y, como la familia estaba desahogada económicamente, la mamá de los muchachos podía permitirse el lujo de convertirse en acompañante itinerante, recorriendo con sus dos hijos los caminos junto a Jesús⁵. Como ya hemos dicho antes, parece incluso que está en la Cruz. ¡Pero no en los episodios de la resurrección!, tal vez por eso...porque el misterio de la cruz solo fue para ella un fracaso.

De camino a Jerusalén, Jesús llama aparte a los suyos y en este ambiente íntimo comunica a los Doce que iba a morir, a dar la vida. Entonces entra Salomé en escena con sus dos retoños, y la respuesta que dan al Maestro ante su confianza amorosa, es la del interés egoico de los de Zebedeo.

Jesús conocía bien el sueño secreto que anidaba en la mente de todos sus discípulos, la esperanza de verle asumir la función gloriosa del Mesías político, pues ello les habría beneficiado. Para ellos era muy distinto ser los íntimos de un Mesías-Rey potente o ser discípulos de un condenado a

¹ Cfr. JEAN-PIERRE CHARLIER, OP. *Jesús en medio de su pueblo I*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 1993

² Cfr. Mc 1,20

³ «Boanerges», hijos del trueno o de la ira. Recordemos cuando ante la falta de hospitalidad de un pueblo samaritano pidieron permiso a Jesús para hacer caer fuego sobre ellos.

⁴ Cfr Mt 27,56 y Mc 15,40

⁵ Cfr. JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY. *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 2000

muerte. La petición de la madre de los hijos de Zebedeo, que quiere los lugares de honor en el Reino que ha de venir, muestra muy claramente los pensamientos que abrigaban. Aunque esta petición en el evangelio la hace la madre, Jesús se dirige a Santiago y Juan, porque, en realidad, son ellos los que la están haciendo. Si los discípulos abandonaron a su maestro en el momento de su arresto y tomaron el camino de la fuga, se explica no sólo por su debilidad humana sino, sobre todo, por su desilusión al ver que Jesús no respondía en modo alguno a la imagen judía del Mesías-Rey⁶. Y Jesús temía que esta concepción de Mesías, que él consideraba satánica⁷, empañara la aproximación que quería de sus discípulos.

Los hijos de Zebedeo piden (a través de su madre) sentarse «uno a la derecha y el otro a la izquierda», es decir, quieren los puestos de honor. Pero estos sitios serán ocupados, al final del evangelio, por los dos ladrones crucificados a ambos lados de Jesús⁸. ¡Qué sugerente meditación puede surgir de aquí!

La ambición de los dos hermanos provoca la indignación de los otros miembros del grupo que, en el fondo, aspiran a lo mismo. Jesús aprovecha la ocasión para echarles en cara que el ideal mesiánico profesado por ellos equivale a cualquier tiranía de las que se ejercen en la humanidad.

Insiste a continuación en la actitud propia de sus seguidores: para «*ser primero*» hay que ponerse al servicio de todos los miembros de la comunidad; para «*ser grande*» hay que hacerse «*siervo*». Por tanto, siguiendo a Jesús, ningún cristiano ha de exigir servicio dentro de la comunidad, sino prestarlo⁹. Y al concluir Jesús con la frase «*el que quiera ser primero, que sea el esclavo*» se opone frontalmente a la idea de poder del mundo.

Santiago, efectivamente, desapareció en el momento de la muerte de Jesús pero con la resurrección y, sobre todo, con la venida del Espíritu Santo, aquella vasija de barro, como dice Pablo en la primera lectura, se convirtió en un depósito gigantesco de la Palabra de Dios. Durante los años 41 al 44, Agripa, era el rey pro-romano, que buscaba apaciguar al pueblo y para eso maltrata a algunos de la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén, degolló a Santiago, al final de su reinado, por seguir al Maestro y ser la antorcha de la Iglesia de Jerusalén. Pedro estuvo en un tris de padecer la misma suerte en ese momento. Santiago, pues, se convirtió en el primer mártir de entre los Apóstoles. Sin duda se acordó de lo que Jesús había dicho acerca de él en aquél episodio con la madre y con Juan.

En él se cumplió a la perfección lo que Pablo dice a los Corintios: «*Por todas partes nos aprietan..., estamos apurados..., somos perseguidos..., derribados...; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús. De modo que la muerte actúa en nosotros y en ustedes, la vida*

⁶ OSCAR CULLMAN. *Cristología del Nuevo Testamento*. Ed. Sígueme. Salamanca 1998

⁷ «Satanás»: así llamó a Pedro cuando éste le intentaba convencer de que abandonara esa idea de morir

⁸ Cfr. JEAN-PIERRE CHARLIER, OP. *Jesús en medio de su pueblo II. La tierra de Abraham y de Jesús*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 1993

⁹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El horizonte humano*. Ed. El Almendro. Córdoba 2000